

calle bien pronto y empezaron á andar á la ventura. Nada habia previsto el galan, y era la hora tan avanzada, que no sabia en verdad donde ir á ocultarse con la morisca; siguió pues al acaso, y como empezaban á desprenderse del cielo gruesas gotas, el mancebo cubrió cuidadosamente á su amada con los anchos pliegues de su capa. Tomaron nuestros dos héroes por la primera calle que se les presentó al paso y fueron enredándose y perdiéndose en el laberinto de callejuelas y plazuelas de que se veia cruzada entonces Granada.

La lluvia empezó á caer nutrida y abundante, el viento silvaba con furia, el rayo sucedia al rayo y los truenos dejaban oír sin interrupcion sus roncós estampidos. Era una tempestad terrible la que descargaba sobre la ciudad. Amina tenia miedo y el sacristan se daba á todos los diablos.

La cólera de los elementos no manifestaba aplacarse. Cada vez llovía con mas furor, cada vez tronaba con mas ira. Parecia llegado el fin del mundo para Granada. Los piecitos de Amina se ensangrentaban en el camino, apenas podia andar de dolor y de cansancio, y el desaliento la rendia mas que la fatigaba. El sacristan sentia deslizarse por sus mejillas gotas de sudor mas gruesas que las que le arrojaba la lluvia calándole hasta los huesos; padecia por él y por su compañera, y su cérebro ardía como si se lo atañearan con unas tenazas del infierno.

En esto, la luz de un relámpago le hizo ver que pasaba por delante de las puertas de San Cristóbal, su misma iglesia, de la cual creia estar á una inmensa distancia. Tras tantas vueltas y revueltas, volvia á encontrarse en su barrio y al pié de la torre de su parroquia. Tan extraño caso acabó de turbar y confundir al pobre mancebo.

Al relámpago siguióse un trueno horroroso; Juan se imaginó que el cielo se venia abajo rajándose por cien partes. Las campanas de la torre vibraron como heridas por una maza de hierro.

El raptor creyó ver una sombra que se destacaba de la pared y que le llamaba. Sus facciones se desencajaron, su cabello se erizó, sus piernas se doblaron. Un nuevo relámpago que iluminó los contornos con fatídico y breve resplandor, le hizo conocer la sombra.

Era el cura, que adelantándose y cojiéndole por un brazo le dijo:

—Desventurado, caminas á tu perdicion.

—Soltadme! — contestó el mozo con ademan resuelto.

—Deja á esa jóven, infeliz! Una fascinacion infernal te ofusca. Ven á orar conmigo en el templo, á pedirle á Dios que perdone tus iniquidades.

—Soltadme os digo, — insistió el jóven, — y dejad para otro rato vuestros sermones. Soltadme, ira de Dios!

—No, — exclamó el buen eclesiástico enérgicamente, — no te soltaré hasta que hayas dejado á esa jóven que arrastras contigo á la muerte, raptor infame! no te soltaré hasta que hayas dejado pura y salva á la paloma que estrechas en tus garras, devorador milano!

—Atrás, señor, y dejadme el paso libre! — dijo ruiendo de cólera el mozo.

—En nombre de Dios te impido que vayas adelante, en nombre de Dios te conjuro para que sueltes á esa jóven que quieres hacer presa del diablo!

—Con que no quereis abrirme paso?

—No.

—Pues me lo abriré á pesar vuestro.

Dijo el sacristan, y sacando la daga envió una puñalada derecha al corazón del cura que cayó dando un gemido.

La morisca se desmayó al ver esto escapándose de sus labios un grito agudo, y el cielo, como una maldicion arrojada sobre el asesino, dejó oír en aquel mismo instante el horrendo y profundo estampido de un rimbombante trueno.

El sacristan volvió á envainar su daga tinta en sangre y cojiendo á Amina entre sus nervudos brazos, la levantó como una paja y echó á correr con la velocidad de un ciervo á través de la tormenta que entonces se desencadenaba con mas indómita furia, y cruzando los arroyos de las calles que arrastraban agua á torrentes como si fueran caudalosos rios. De este modo llegó á la cuesta del Chapiz y entonces, guiado por la voz del torrente que gruñía en la hondanada, adelantóse cada vez mas veloz hasta la orilla del Darro que llevaba negras moles de agua como preñadas nubes.

Ofreciósele al paso un puente de troncos que servia de pasadera y entró sin vacilar por él, levantando en alto á la morisca como en señal de triunfo, pues que conocia ya el terreno que pisaba. Dió con firmeza los primeros pasos por el puente, pero á poco tropezó, fué rodando un breve espacio y su amante carga se escapó de sus brazos.

Una blasfemia salió de los labios del sacristan al ver á Amina que se despeñaba y él tras ella.

—Virgen María! — murmuró la jóven, vuelta en sí de su desmayo.



En aquel momento iluminóse el espacio con súbita claridad y un ángel rasgando el viento sostuvo á la jóven en sus brazos, batiendo las alas y elevándose con ella hácia el cielo en medio de un luminoso y aromático vapor.

El sacristan, estático con aquella aparicion, asióse de la orla de la brillante vestidura del celeste mensajero y creyóse salvo, pero una figura negra que arrojaba llamas por los ojos y azufrado fotor por la boca, se presentó súbito tras de él, le cojió por los cabellos y le empujó al abismo de una hercúlea puñada que descargó en sus espaldas.

El sacristan se sentía caer, caer, ya tocaba las encrespadas ondas, ya iba á sumergirse. . . . .

Despertó en esto el enamorado galan y se halló á la puerta de la casa de Amina, recostado sobre la escalera que habia aplicado á la ventana y por la que habia intentado subir.

Todo habia sido un sueño.

Juan se pasó la mano por la frente bañada de sudor y volvió los ojos en todas direcciones como un hombre que duda si está loco.

El alba asomaba riente sobre un cielo límpido y despejado, vistiendo con su luz galana las calles y las casas y una brisa fresca enviaba á todos lados, como saludos amistosos, sus matinales y perfumadas aspiraciones. Al mismo tiempo, oyóse ruido en la ventana, abrióse la celosía y un puñado de claveles cayó á los piés del jóven. Era el regalo que diariamente le hacia la morisca cuando, al despuntar del alba, pasaba siempre por delante de su mansion para ir á abrir el templo.

El sacristan para asegurarse de que no estaba loco dió algunos pasos y vió venir hácia él al cura que le reprendió mas amargamente que otras veces por haber pasado la noche fuera de casa. Juan oyó con la cabeza baja las observaciones de aquel á quien poco antes habia creído ver caer exánime á sus piés, de una puñalada aplicada en mitad del corazon.

Siguió como alelado al eclesiástico, entró con él en la casa del Señor, encaramóse á la torre á dar los acompasados golpes que convocaban á los fieles, preparó el recado, ayudó al cura con una devocion como nunca en la celebracion del oficio divino, y, terminado, se postró á sus piés y con lágrimas en los ojos pidió al honrado eclesiástico que le oyera en confesion general, suplicándole despues que le concediera permiso para entrar





*Un angel rasgando el viento la sostuvo en sus brazos.*

#### LA CARTUJA DE CUELINA.

de la orden cartujana del Paular que fundata en Cuelina se regencia del gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, abuelo de los Borbones.

En efecto, al dia siguiente el travieso se dirigió en compañía del cura a dar a llamar a las puertas de la Cartuja que por entonces se llamaban casa de la joven morisca, que supo el suceso de su abuelo, se levantó a pesar del nombre de Maria y entraba también en el convento de Santa Isabel.

Los dos amantes se entregaron en brazos de amor y pasión en el mundo, pero en el barrio ha quedado ahora hasta el presente de su historia y del sueño portentoso, y para contar la historia de una vieja hasta preguntarle por el sacerdote del convento.

En esta ocasión me he acordado de y hecha pública la gloria del gran capitán, en memoria de unos artículos, traducción que he con- siderado oportuno en este momento del giro que le ha dado el Señor Jimenez Serrano, pero que indudablemente no habré sabido referir con la riqueza de detalles con que él en su *Virgen del Clavel* lo ha hecho.





en la órden cartujana del Paular que fundaba en Granada á espensas del gran capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles.

En efecto, al dia siguiente el travieso sacristán se despedía del cura é iba á llamar á las puertas de la Cartuja que para siempre se cerraban tras él.

La jóven morisca, que supo el sueño de su amante, se bautizó á poco con el nombre de María y entraba también en el convento de monjas de Santa Isabel.

Los dos amantes se entregaron al Señor y no pensaron jamás en el mundo, pero en el barrio ha quedado noticia hasta el presente de su historia y del sueño portentoso, y para escitar los miedos de una vieja basta preguntarle por *el sacristán del Albaicín*.

Tal es la tradición que ha desenterrado y hecho pública la pluma del jóven escritor citado al comienzo de estos artículos, tradición que he contado apartándome en todo lo posible del giro que le ha dado el Señor Jimenez Serrano, pero que indudablemente no habré sabido referir con la riqueza de detalles con que él en su *Virgen del Clavel* lo ha hecho.



*Un ángel vigilando el sueño de un joven en sus brazos.*